

Hugo Bouter

Para llevarnos a Dios

1 Pedro 3:18

Introducción

Este es un tema popular en reuniones y conferencias. Resume las gloriosas consecuencias de la obra redentora de Cristo. En otro tiempo estábamos lejos de Dios, pero ahora hemos sido acercados por la sangre de Cristo (Ef 2:11-22). Tres son los temas principales que dan que pensar:

1. Hemos sido acercados a Dios (Lc 15).
2. Hemos sido introducidos en una relación con Dios y con Cristo (Ef 2).
3. Hemos sido llamados a Su servicio como hijos y sacerdotes (Mal 3:17; 1P 2).

De vuelta al Padre

¿Quién no conoce la historia del hijo pródigo? Es una bella ilustración del hombre que toma conciencia de su condición de perdido y recapacita. Habla de conversión y arrepentimiento. El hombre toma la decisión de ir a Dios tras darse cuenta de su propio fracaso: «Padre, he pecado contra el cielo y ante ti» (Lc 15:21). Esta confesión es suficiente para el Padre, y entonces se produce el milagro: el pecador arrepentido es revestido con la mejor túnica, recibe un anillo en la mano como señal de la fidelidad de Dios, y sandalias en los pies. Esto último ejemplifica todo lo que se necesita para caminar en novedad de vida (Rm 6:4).

La respuesta del Padre significa que Cristo se ha convertido en mi justicia ante Dios. He sido aceptado por gracia y hecho agradable a Dios en el Amado (1Co 1:30; 2Co 5:21; Ef 1:6). Y hemos sido liberados del poder de las tinieblas y llevados al reino del Hijo de Su amor, en Quien tenemos redención por Su sangre, el perdón de los pecados (Col 1:13-14).

Hijos, e hijos del Padre

Es un milagro de la gracia que ahora nos hayamos acercado a Dios como hijos e hijas. El Padre nos reconoce como sus hijos queridos y nosotros reconocemos a Cristo, el Hijo, como nuestro Señor y Salvador. Ser hijos de Dios significa que hemos nacido de Él; como bebés recién nacidos, hemos recibido una vida nueva, una vida eterna. Ser hijos de Dios destaca nuestra nueva posición ante Él, pues los hijos de Dios lo representan en la tierra y deben andar de una manera digna de Él (Rm 8:15-17; Gá 4:4-7).

Esto determina nuestro servicio cristiano, nuestro culto en espíritu y verdad, e implica que los hijos de Dios se han convertido también en herederos de Dios (cf Jn 3 y 4). Es por el Espíritu de su Hijo —que Dios ha enviado a nuestros corazones—, por lo que clamamos: «¡Abba, Padre!». Todo esto contrasta con las bendiciones de Israel, que eran terrenales y externas por naturaleza. La Iglesia, sin embargo, se ha acercado mediante la sangre de Cristo y está creciendo para ser un templo santo en el Señor (Ef 2).

Sacerdotes en el santuario de Dios

Hay una tercera bendición relacionada con nuestra posición en la presencia de Dios. Podemos actuar como levitas y sacerdotes ante Él. Los tipos del Antiguo Testamento encuentran su cumplimiento en esta dispensación en un nuevo orden de cosas (ver también Neh 11:17). Los rituales del templo tienen un significado espiritual para los creyentes, que como hijos y sacerdotes pueden acercarse libremente a Dios y tener siempre acceso en su presencia.

El Lugar Santísimo ya no está cerrado. Esta es la enseñanza de la epístola a los Hebreos (caps. 9 y 10). Entre otras cosas, la epístola termina con el llamamiento a ofrecer continuamente sacrificios de alabanza y acción de gracias a Dios por medio de Cristo, es decir, el fruto de nuestros labios que tributan a su nombre. También hay sacrificios materiales de hacer el bien y compartir, porque de tales sacrificios se agrada Dios (He 13:15-16).

Incluso bajo el antiguo pacto se menciona a un hijo que es perdonado, porque sirve a su padre (Mal 3:17). Este es también el rasgo característico de quienes sirven a Dios en espíritu y verdad y reconocen a Cristo como Señor sobre Su casa. Pedro dice que nosotros, como piedras vivas, estamos siendo edificados como una casa espiritual, un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo (1P 2:4-5).

